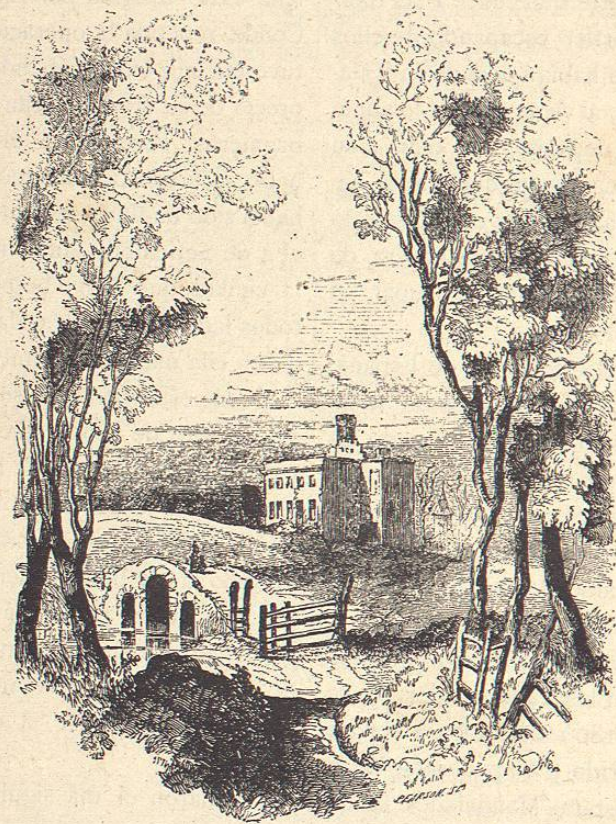
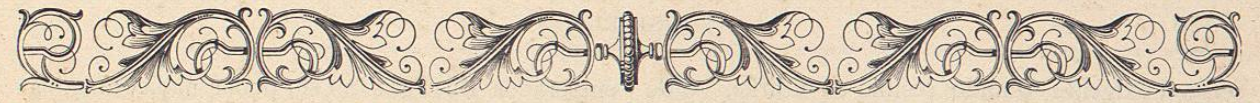


le encerró en el castillo de Figueras en donde falleció al día siguiente de su llegada, pues primero había estado preso en Perpignan. El viaje hubo sin duda alguna de precipitar su muerte, de modo que los patriotas de Figueras supieron á su tiempo la llegada del héroe de Gerona y la de su fallecimiento. Dada la exaltación patriótica y la indigna conducta de Napoleon para con el gran vencido, se comprende que se formara facilmente la leyenda de

su muerte, pero descarguemos de este crimen á Napoleon; si éste hubiese querido deshacerse violentamente del héroe español, le hubiera hecho fusilar por haber recibido siempre á metrallazos á los que se adelantaban á proponerle la rendición de Gerona. Alvarez murió de muerte natural, pero aún así, en fin, no desluce en lo más mínimo ni la gloria que conquistó la ciudad que tan valientemente defendió, ni su nombre.



Casa en que nació Wellesley



## CAPITULO XXIII

### PAZ CON AUSTRIA

Cómo juzgó Napoleon la campaña de Talavera.—Sus prevenciones contra Jourdan.—Actitud de Napoleon en Presburg.—La expedición inglesa á Walcheren.—Exacto juicio formado por Napoleon acerca del alcance de la misma.—Los jefes ingleses.—Toma de Flessingue: 15 de Agosto de 1809.—Impotencia del ejército inglés.—Resultados políticos de la expedición inglesa.—Recíbese su noticia en Paris.—Desasosiego del gobierno imperial.—Partidos en que se dividía.—Energía patriótica de Fouché.—Protestas de Cambaceres y Clarke.—Aprueba Napoleon lo hecho por Fouché.—Opónese Cambaceres al nombramiento de Bernadotte para general del ejército que ha de salir contra los ingleses.—Sostiene su candidatura Fouché.—Aprueba Napoleon nuevamente la conducta de Fouché.—Napoleon y Bernadotte.—Nombramiento de Bernadotte.—Conducta rastrera de Napoleon.—Destituye á Bernadotte.—¿Por qué motivo?—Revuelve Napoleon contra Fouché.—Le reprende por todo lo que antes le había elogiado.—Triunfo de Cambaceres.—Napoleon y Austria.—Condiciones de paz.—Habilidad diplomática de Metternich.—Procura comprometer á Napoleon con los poloneses.—Inquietudes del tsar de Rusia.—Recomienda á Napoleon que no toque á los polacos.—Duplicidad de Napoleon.—Cómo se ajustó la paz con Austria.—Despotismo napoleónico.—Federico Staabs.—Abandona Napoleon á Viena.—Fin del levantamiento del Tirolo.—Energía patriótica de los tiroleses.—Ofréceles el príncipe Eugenio una amnistía.—Hoefer batido y prisionero.—Es llevado á Mantua: 19 de Enero de 1810.—Ordena Napoleon que sea pasado por las armas.—Fusilamiento de Hoefer: 25 de Febrero.—La política austriaca.—Resuelve Napoleon divorciarse de Josefina.—Débil oposición de Cambaceres.—Cómo conoció Josefina su desgracia.—Pide Napoleon al tsar de Rusia la mano de su hermana.—Crueldad de Napoleon con Josefina.—Cómo se hizo dar á Josefina su consentimiento para el divorcio.—Declara el Senado abolido el matrimonio de Josefina.—Indigna debilidad del príncipe Eugenio.—Servilismo del Senado.—Lacepede.—La cuestión religiosa.—Cómo se consiguió que la Iglesia anulase el matrimonio.—Servilismo de la curia parisiense.—Mentiras é imposturas de Napoleon y los suyos.—El cardenal Fesch.—Condiciones que el emperador Alejandro ponía á su consentimiento.—Accede á todo Napoleon.—Firma Caulaincourt el convenio que impone el total sacrificio de Polonia.—Resérvase Napoleon su ratificación.—Pónese en guardia el emperador Alejandro.—Cómo se inició el matrimonio de Napoleon con la hija del emperador de Austria.—Narbonne.—Decídese Napoleon por la austriaca.—Intima á Alejandro una decisión.—Excúsase Alejandro.—Indigna conducta de Napoleon.—Cómo despidió Alejandro á Caulaincourt.—Napoleon desaprueba el convenio firmado por su embajador.—Actitud de Rusia.—Matrimonio de Napoleon con María Luísa: 3 de Abril de 1810.—Renúevase el antiguo ceremonial.—Actitud del Sacro colegio romano.—Cómo lo trató Napoleon.—Napoleon y el Papa.—Abolición del poder temporal de los papas: 17 de Febrero de 1810.—Indiferencia de Europa.—Qué se propomía hacer Napoleon del papado.—Revelaciones.—Cómo renace la cuestión de las investiduras.—Resistencia del Papa.—Cómo se venga Napoleon.—El abate Maury arzobispo de Paris.—Destitución de Fesch.—Cómo producían un mismo efecto el liberalismo de Napoleon en los Estados Romanos que el de José en España.



UANDO Napoleon se serenó al saber los resultados definitivos de la campaña de Talavera, cuyos desastros llamó las *Carmagnolas* de Jourdan, cuando éste era el único

que había visto justo, principió á cambiar de tono con Austria á quien había ido entreteniéndola que no quería alterar las condiciones de la paz de Presburg, pero apenas había empezado á ha-

cerse el exigente cuando recibió de Clarke, —6 de Agosto de 1809,—un despacho anunciándole que se habían visto por la parte de la isla de Walcheren una expedición naval inglesa compuesto de 200 velas, vanguardia en efecto de 900 buques que iban á llevar á Holanda la expedición militar prometida por Inglaterra á Austria, y que como se ve llegaba demasiado tarde. Dicho se está que Napoleón al saber esto volvió á tomar la modesta y pacífica actitud en que se había colocado desde el día en que el temor de los ingleses le había obligado á firmar el armisticio de Znaim.

Napoleón enterado ya, adivinó que lo que los ingleses se proponían era destruir los establecimientos franceses que había en Amberes y su escuadra, que por consiguiente esta expedición no le obligaría á distraer un solo hombre de Austria y que era á su gobierno á quien tocaba defender á Amberes. No se equivocaba Napoleón. Inglaterra se preocupaba tanto del triunfo de la coalición como del aumento de su poderío. Este aún no era omnímodo en el mar por más que las escuadras francesas permanecían inactivas en sus puertos, podían salir de ellos otra vez y rehacer su crédito. Por esto intentó el 11 de Abril incendiar la escuadra francesa de Rochefort, y por esto se dirigía ahora á Amberes con igual objeto.

Iban los ingleses á Amberes mandados por el almirante Strachan, y por lord Chatham, el hermano mayor de Pitt, quien llevaba á sus órdenes las fuerzas de desembarque, general sin servicios ni experiencia, improvisado sobre su glorioso nombre tan querido de los ingleses como odiado de los franceses. La impericia de Chatham fué tan grande que sólo consiguieron los ingleses destruir á Flessingue que en modo alguno podía pensar en resistir á las baterías de los buques y á los que para mayor seguridad levantó Chatham, y de las cuales vomitaron su fuego sobre la pobre y pequeña ciudad 1.200 cañones. El ejército inglés después de la toma de Flessingue, día 15 de Agosto de 1809, ya no estaba en el caso de poder avanzar, el número de sus enfermos de fiebres palúdicas pasaba ya de diez mil y con este impedimento no podía pensarse en marchar sobre Amberes y se resolvió retirarse cuanto antes á Inglaterra.

Si esta expedición bajo el punto de vista militar no tiene interés alguno, bajo el punto de vista político es interesantísima, pues viene á probar la inconsistencia de la obra napoleónica. El gobierno francés veíase obligado á obrar en medio de circunstancias al parecer difíciles, cuando nunca había hecho más que obedecer ciegamente las órdenes del

emperador. En París no se podía nadie imaginar que se hubieran puesto en movimiento novecientos buques para bombardear á Flessingue. Debíase creer en una expedición seria y de aquí el desasosiego del Consejo ministerial obligando á obrar cuando se creía reducido por sus divisiones á la impotencia, pues, de un lado estaban Cambaceres y Clarke, y del otro Fouché y Decres.

Indeciso el Consejo sobre lo que debía hacerse, Fouché á la sazón ministro de Gobernación por enfermedad de su colega, tomó sobre sí la responsabilidad de ordenar el levantamiento en masa de la guardia nacional del Norte y el envío de todas las tropas disponibles de Francia á Holanda. Estas disposiciones produjeron en el Consejo de ministros una explosión de cóleras y desconfianzas que destruyó para siempre la armonía ministerial. Lo menos que Cambaceres y Clarke le dijeron á Fouché, fué «jacobino» y «terrorista.» Estos dos ministros no veían en Fouché mas que al revolucionario que se prevenía para hacer frente á futuros y posibles acontecimientos creándose un ejército para sostener su influencia, y lo menos que á Clarke le dijo Fouché, fué llamarle «extranjero» y «vendido á los ingleses.» Por de momento triunfó Fouché, pues Napoleón al tener noticia de la marcha de los ingleses dispuso, sin saber que ya lo había ordenado su ministro de policía, esta demostración patriótica de los pueblos del Norte de Francia para imponerse á los ingleses, y cuando poco después se enteró de la oposición de Clarke y Cambaceres, le escribió á éste que si quería que los ingleses vinieran á sorprenderle en su lecho, que la actitud que él y Clarke habían tomado era deshonrosa y que sólo Fouché había demostrado que sabía lo que debía hacerse.

Nuevas réprimendas se procuró Cambaceres al oponerse al nombramiento de Bernadotte para el mando del pequeño ejército que se podía enviar de momento á Amberes. Fouché sostenía á Bernadotte diciendo que era necesaria una cabeza muy fuerte, ya que el cuerpo había de ser débil. Cambaceres, que todo lo veía bajo el prisma política, que veía ya una revolución en puerta, y á Bernadotte el menos imperialista de todos los mariscales de Francia á su cabeza, sostenía la candidatura del rey Luís de Holanda por cuanto era el condestable de Francia, á lo que le respondió Napoleón que esto valía tanto como disponer que Murat se pusiera al frente de todas las escuadras por cuanto era gran almirante de Francia. Esto indica lo pueril de las vanidades monárquicas.

Bernadotte estaba en París por haber reñido con

Napoleón, por no haber hecho éste justicia al valor del cuerpo sajón que el mandaba, los días 5 y 6 de Julio, y lo bueno fué que Napoleón al reprender á Bernadotte, que le había hecho justicia por su parte, declaró que aquello «era contrario á la política y al honor nacional. De modo, que decir de los sajones que se hacían matar por Francia á orillas del Danubio, que eran unos valientes, era rebajar el honor francés. Bernadotte lo entendió de otro modo y su conducta sirve de piedra de toque para demostrar hasta dónde llegaba el egoísmo napoleónico. Pero Napoleón que no reparó nunca en arrastrarse como una culebra cuando así le convenía, convencido de que nadie mejor que Bernadotte para defender la Bélgica y Amberes, le escribió una carta de las más afables, diciendo que en absoluto descansaba en su «habilidad, bravura y experiencia.»

Pero viene la noticia de la retirada de los ingleses, y entonces comprende Napoleón que se ha demostrado la inestabilidad de su imperio y el poco arraigo que tenía en la opinión, por el mal ejemplo que había dado la guardia nacional movilizada á pura fuerza y con marcado disgusto de sus individuos. Entonces se volvió del lado de Cambaceres, aprobó y elogió su tacto y previsión política y cuan necesario era destituir á Bernadotte del puesto en que le había colocado apenas hacía un mes. En efecto, Bernadotte fué destituido y se le dió orden para que hiciera un viaje, luego se le ofreció un mando en Cataluña, y por último, después de un vivo altercado personal con Napoleón, éste le dió el gobierno de Roma con dos millones de asignación. Pero ¿qué tenía que reprender Napoleón en Bernadotte? «Sus opiniones vacilantes,» es decir, sus querencias republicanas, lo mismo que le hacía tan antipático á Jourdan que tan desairado papel representaba en España.

De Fouché, dicho se está que escribió pestes, no sólo á Clarke y á Cambaceres, sino lo que es más chusco, al mismo Fouché, un mes antes aclamado por el único hombre que había estado á la altura de los acontecimientos. Así era Napoleón, y así iba haciendo el vacío á su alrededor, éste hombre que no podía sufrir á su lado iniciativa alguna.

Había ahora llegado para Napoleón la ocasión de hacer sentir al rey de Austria que él había vencido en Wagram. Hasta aquí, en Altenburg no se había hecho más por una y otra parte que ir contemporizando, pero habiendo sido favorables para Napoleón los sucesos de los que tanto esperaban sus enemi-

gos, estos debían pagar ahora los gastos. Napoleón hasta aquel momento reservadísimo en punto á sus exigencias sobre cesiones territoriales, fué ahora franco y explicito. Erale indispensable unir sus posesiones en Dalmacia con Italia, por consiguiente era imprescindible que Austria le cediera por aquel lado de su imperio, la Carinthia, la Carniola y la parte costanera de la Croacia. Por la parte del Inn ó de Baviera quería acercar la frontera de Baviera lo más posible á Viena. Luego con el pretexto de redondear y recomensar al rey de Sajonia, quería quedarse con parte de Galitzia, ó sea la parte polaca de Austria, que no había quien no comprendiera que tarde ó temprano uniría á aquel minúsculo ducado de Varsovia, núcleo de una resurrección siempre posible, pero siempre aplazada de la nación polaca.

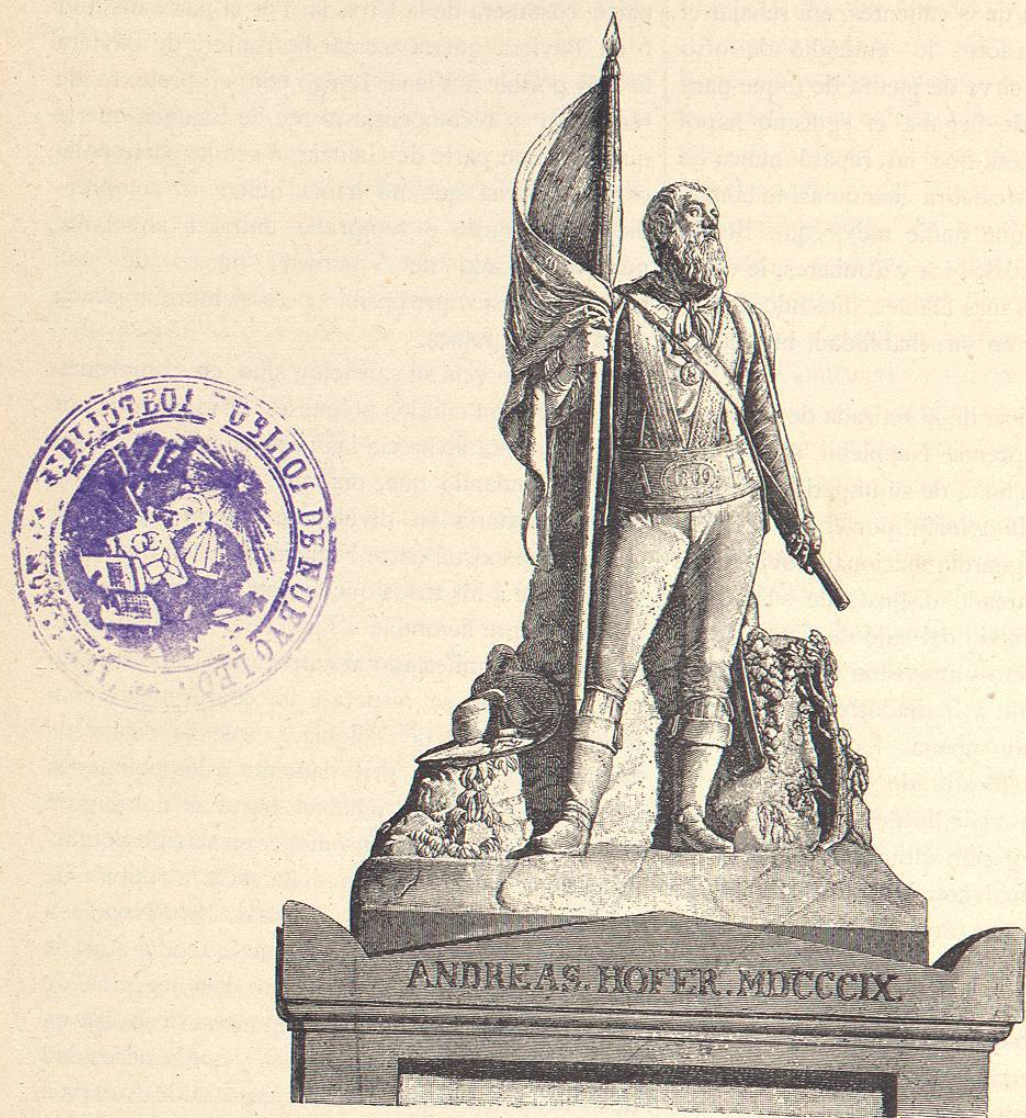
Austria no veía su salvación sino en comprometer á Napoleón con los poloneses, de modo, que por este lado hasta favorecía las pretensiones de Napoleón, no dudando que, una vez hubiesen tomado cuerpo, bastaría su divulgación para romper la alianza que existía entre Francia y Rusia, poniendo de su parte á los rusos que arrastrarían á su emperador siempre favorable á Polonia. Sin embargo, el tsar había manifestado al emperador Napoleón varias veces que se respetase los compromisos contraídos respecto de Polonia, y que se dejase de favorecer pública ó privadamente á los poloneses, porque sus súbditos odiaban hasta el nombre de Polonia y se exponía á promover un terrible conflicto, cuya consecuencia inmediata sería la ruptura de relaciones entre Francia y Rusia. Pero Napoleón comprendía de sobras el lazo que le tendía Austria y por esto dejaba para lo último los negocios de Galitzia, esperando poder imponerse á Rusia en virtud de los hechos consumados, y por la necesidad de no dejar abandonados á la venganza de Austria á los poloneses que habían abrazado su causa. Mas la impaciencia arrebató á Napoleón y Austria consiguió al fin, que fuera él quien extendiera la mano sobre la Galitzia, que era tanto como hacer que Alejandro desenvainara su sable para defender los intereses de Rusia.

En estos momentos el emperador Francisco se demostraba más hábil que Napoleón, pues apenas sintió que este mordía el anzuelo le propuso que se entendieran los dos personalmente y que se dejara á un lado al formalista Metternich. Accedió Napoleón, se dió al olvido á los negociadores de Altenburg, y viendo ya llegado el momento de dar el golpe decisivo, hizo tomar á sus tropas posicio-

nes estratégicas, las pasó en revista y presentó su ultimatum. Pidió la Carniola, el círculo de Villach en Carinthia, en Croacia la orilla derecha del Save hasta la Bosnia, en total un millón quinientas mil almas en lugar del millón seiscientas mil antes pedidas, en la frontera de Baviera cedía á Lintz pero

se quedaba á Salzburg; y por último, de Galitzia se llevaba como unos dos millones de habitantes y cien millones de contribución de guerra,—30 de Setiembre de 1809.

Quince días después, cuando aún Austria no había aceptado sus condiciones, Napoleon abandonaba



HOEFER

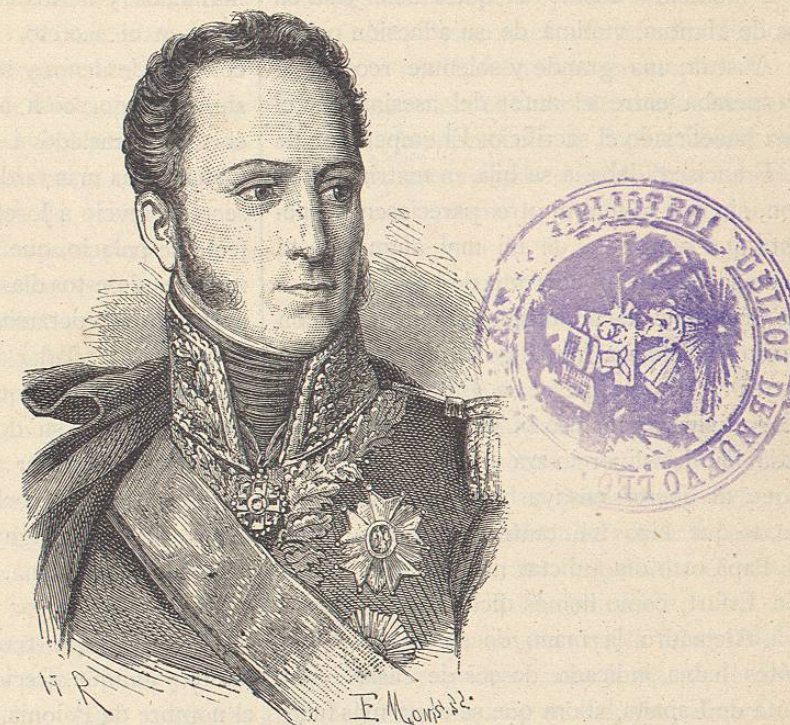
á Viena y al palacio de Schoenbrunn después de lanzar un entusiasta manifiesto en él que daba la paz por concluída, cuando las ratificaciones no tuvieron lugar sino el 20 de Octubre. ¿Qué había pasado? Napoleon el 12 de Octubre pasaba una revista en el palacio dicho, cuando un joven, mejor un niño de diez y siete años, Federico Staabs, de triste y dulce fisonomía, puso tanto empeño en acercarse á él que logró sólo hacerse prender, y al registrarle se le encontró un largo y afilado cuchillo. Napoleon

quiso interrogarle por sí mismo y confesó á Champagny que no había encontrado en él nada de fanatismo religioso ni político. Staabs declaróle, empero, con la mayor impasibilidad, que se había propuesto matarle para libertar á Alemania. Otro que no él hubiera sentido compasión por aquel niño exaltado por las humillaciones de su patria, pero Napoleon no sabía perdonar, y Staabs fué fusilado. Niégase que este lance hubiese influido ni poco ni mucho en la moral de Napoleon, es posible, pero

nosotros queremos creer que aquello le pareció un aviso, y que ya no se estimó seguro en Schoenbrunn ni en Austria, en donde tan de cerca había visto un vengador de la justicia por él de continuo conculcada. Ello es que dió á Champagny instrucciones para que firmase la paz, transigiendo en lo relativo á la contribución de guerra, y que desde este momento la dió por firmada. Austria ganó con la sangre generosa de Staabs, quince millones.

«Mientras la casa de Austria firmaba la paz con

Napoleon,—dice Lanfrey,—se continuaba muriendo por ella en una de las provincias que las guerras anteriores habían arrancado á la monarquía. El Tirol, cuya insurrección hubiese sido tan útil á Austria de estar situado en el centro del imperio, en vez de tener una posición excéntrica y aislada, se había descuidado un tanto después de los primeros esfuerzos de Lefebvre para someterle, como si fuera una especie de fortaleza de la cual no hay mas que cerrar las entradas y salidas. Pero al terminar las



CAULAINCOURT

grandes operaciones y luégo al firmar la paz, pudo Napoleon preocuparse ya algo más de esa desgraciada provincia, y al efecto mandó allí las fuerzas necesarias para someterla y ponerla de nuevo bajo el yugo de Baviera. Drouet, Wrede, Vial y Baraguey de Hilliers penetraron en ella á la vez por los valles del Norte y los del Sud con fuertes columnas cuyo número debía hacer imposible toda resistencia.

»Antes de emprender las hostilidades, el príncipe Eugenio hizo ofrecer á los insurgentes una amnistía que por un momento estuvieron á punto de aceptar, pero Hofer, místico entusiasta é ignorante, dirigido por fanáticos que explotaban su credulidad y su intrepidez, rechazó los consejos que se le hacían dar de Viena, y volvió de nuevo á las armas después de algunas vacilaciones. Batido, obligado á

huir á las montañas, fué vendido y hecho prisionero en el mismo asilo en donde se ocultaba, llevándose en seguida prisionero á Mantua,—19 de Enero de 1810.

»El príncipe Eugenio, cuya alma era humana y generosa, hubiera querido salvar la vida á ese valiente guerrillero, que más de una vez había arrancado á los prisioneros franceses de las manos vengadoras de los tirolese, y como el crimen de Hofer, después de todo, no era mas que un crimen patriótico, merecía, sí, esta indulgencia, pues era por medio de tales criminales como Francia se había salvado en los días de la Revolución. Pero tales inspiraciones fueron siempre extrañas á una alma que no conoció nunca mas que el cálculo: «Hijo mío,—escribió Napoleon á Eugenio el día 11 de Febrero de 1810,—os había dicho que enviarais a